

Vargas LLoza, lo que los vientos se llevaron.



Roberto GAC

La ceremonia de admisión de Varguitas en la Académie Française ha tenido lugar entre la versión original en francés de este panfleto y su traducción al español. Cronología que permite un epílogo interesante, al menos desde un punto de vista mercantil. Toda duda acerca del origen comercial de la distinción otorgada al novelista peruano, queda disipada por un curioso menoscabo del protocolo académico : la espada tradicional atribuida al nuevo miembro no le fue presentada en

la Académie, sino en casa de Monsieur Gallimard, en una cena privada organizada por el editor. // *Capo* se felicitaba a sí mismo por su brillante operación editorial (con rey incluido, aunque Juan Carlos I no sabía muy bien si estaba en París al borde del Sena o en Zaragoza al borde del Ebro), *marketing* que, además de reactivar la venta del volumen de la Pléiade consagrado a Varguitas, ha dejado definitivamente en claro al Tout Paris quién es el dueño y señor del mundo literario francés. Y también, cual es el origen de la decadencia actual de la literatura francesa, decadencia observada y lamentada en el mundo entero... salvo en Francia, donde la prensa literaria se encarga de minimizar y ocultar el triste fenómeno.

Si Madame Aurélie Filipetti, la ministra de la cultura bajo la presidencia de François Hollande, había declarado -ondeando impudicamente su larga cabellera a la Shopenhauer- que la literatura es, en primer lugar, obra del editor y no del escritor (declaración que hubiera dejado sin voz a los escritores del célebre Cénacle de *Las Ilusiones Perdidas* de Balzac), Monsieur Gallimard respalda, con su codicia y su instinto de dominación (ex aequo con Monsieur Bolloré & Co.) tamaña insensatez. Por su parte Varguitas agrega, como elemento estético de una teoría literaria típicamente parisina, su fe en la absoluta supremacía de la novela, incluso en el Más Allá, del cual sería, en nuestra lúgubre vida terrestre, el augurio paradisiaco.

Pasemos rápidamente por encima de la calidad lingüística de su discurso en la

Académie. Ahora sabemos que la primera parte fue traducida en un pésimo francés (Bensoussan, traductor gallimardesco oficial de Vargas Llosa, ¿traicionó una vez más el original español?). La segunda parte, reservada al elogio de Michel Serres, fue escrita en un francés de mejor calidad, probablemente por un *ghost writer* especialista del epistemólogo. El lector *amateur* de huellas filológicas podrá divertirse con la continuación de la perorata de Varguitas (www.academie-française), donde profiere algunas necedades que hacen sospechar el inicio de una demencia senil. Por ejemplo :

“La novela salvará la democracia o se hundirá con ella y desaparecerá”. (*Le roman sauvera la démocratie ou s’abîmera avec elle et disparaîtra.*)

Este no es precisamente el resultado (“salvar la democracia”) que sus propias novelas han conseguido en el Perú, sino todo lo contrario. Desde la publicación de *La ciudad y los perros* en 1963, la democracia peruana no ha hecho más que deteriorarse. Todos los presidentes de la república van rápidamente a la cárcel por corrupción, encarcelados por sus correligionarios del Congreso, aún más corruptos que ellos. Hoy día Varguitas, aprovechando su prestigio como miembro de la Académie Française, ha enviado su apoyo a los policías y militares que reprimen, ametralladora en mano, a los indios, a los campesinos, a los obreros, a los funcionarios y a los estudiantes que se oponen al golpe de Estado camuflado contra Pedro Castillo, el modesto pero carismático maestro de escuela, elegido Presidente del Perú hace menos de dos años (“personaje incompetente e

ignorante” según el novelista y la burguesía limeña).

O bien :

“Nunca se ha inventado nada mejor que la novela para mantener vivo el sueño de una sociedad mejor.” (*On n’a jamais rien inventé de mieux jusqu’à présent que le roman pour maintenir vivant le rêve d’une société meilleure .*)

La novela puede hacer soñar, pero no cambia la realidad. Incluso *The Grapes of Wrath*, la conmovedora novela de John Steinbeck ("criminal comunista") que cuenta la historia de los campesinos de Oklahoma despojados de sus tierras por los bancos y obligados a emigrar a California, no cambió nada. Los mismos bancos y empresas agrícolas de antaño explotan hoy a los

emigrantes mexicanos. Sólo ha cambiado la nacionalidad de los explotados. La novela no puede reemplazar la inevitable y necesaria transformación socialista de la sociedad capitalista, una evolución ardientemente deseada por Steinbeck.

O aun :

“Y el sueño de Dios y de la otra vida está siempre ahí (...) Es ahí que estará siempre la novela, para darnos esperanza y darnos un último respiro en el instante final (...) Somos muchos los que pensamos en la otra vida como una resurrección de la literatura.” *(Et le songe de Dieu et de l'autre vie est toujours là (...) C'est là que sera toujours le roman, pour nous donner espoir, nous accorder un dernier souffle à l'instant ultime (...) Nous sommes nombreux à penser à l'autre vie comme à une résurrection de la littérature.)*

Si agregamos a estas perlas del “pensamiento” de Vargas Llosa su admiración beata por Flaubert en cuanto inventor (según él) del “narrador invisible”, es decir, del novelista como Dios omnipotente que crea la única “realidad real”, la de la novela, podríamos diagnosticar un delirio en proceso de sistematización. (*La novela como delirio, el delirio como novela*, sería más apropiado decir.)

“Toda la novela moderna está íntimamente afectada por este descubrimiento de Flaubert y es, sin duda, la más importante incorporación de esta voz anónima -aquella de ese Dios que no se deja ver- en las historias que cuentan sus contemporáneos”. (*Tout le roman moderne est intimement affecté par cette découverte de Flaubert et c’est, sans*

doute, la plus importante incorporation de cette voix anonyme – celle de ce Dieu qui ne se laisse pas voir – dans les histoires que racontent ses contemporains.)

Varguitas (*illiterate novelist*) que ve al novelista moderno como una especie de *deus ex machina* de su propia narración (*deus* ya a la moda en el teatro de la Grecia antigua), olvida la polifonía a la Dostoievski, mellizo contemporáneo de Flaubert (ambos nacieron y murieron casi al mismo tiempo). Y también desconoce la monofonía a la Tolstoi, el creador de la Madame Bovary rusa, Ana Karenina y “autor-narrador” de *La Guerra y la Paz* y de *La Sonata Kreutzer*.

Gracias, entonces, a sus afirmaciones novelescas (por no decir, grotescas) podemos comprender mejor las razones por las cuales Varguitas se diviniza a sí mismo : él, en cuanto Novelista Supremo

(“Yo, el Supremo” hubiera dicho Roa Bastos), no puede ser sino Dios. Razón demás para que sus discípulos novelilleros pidan al Papa Francisco que lo santifique en cuanto “San Mario Vargas Llosa”, único premio literario que aún le falta. Obstáculo imposible a sobrepasar : el Papa (“rojo”, “progre izquierdoso”, “comunista”, según la prensa ultra-católica de España) es impermeable a las presiones de la US Publicity Agency.

Desde luego, Varguitas aporta en su discurso algunas verdades de Perogrullo, sobre todo en lo que concierne la libertad de la literatura :

“La literatura tiene necesidad de la libertad para existir, y cuando ésta no existe, recurre a la clandestinidad que la hace posible...” (*La littérature a besoin de la liberté pour exister, et quand celle-ci*

n'existe pas, elle recourt à la clandestinité pour la rendre possible...)

Es un poco lo que sucede con la auto-edición, marginada y despreciada por un establishment que no reconoce otra libertad que aquella que le conviene económica e ideológicamente. (Podríamos incluso exagerar un poco y comparar la auto-edición con los samizdats que circularon clandestinamente durante la era de Stalin en la URSS).

Pues bien, sin darse cuenta de la contradicción (práctica habitual en su caso), Varguitas hace un llamamiento a la crítica para que ejerza su poder de censura e impida que los novelistas de la sociedad burguesa se descarríen:

“De ahí la necesidad de una crítica, como ésta de la Francia de los siglos 18, 19 y 20, que vuelva a traer al buen camino a aquellos que se han descarriado y que

señale el camino a los demás (...) Eso debe ser la crítica : indicar el camino...” (*D’où la nécessité d’une critique, comme celle des dix-huit, dix-neuf et vingtième siècles en France, qui remette sur la bonne voie ceux qui se sont égarés, et signale le chemin aux autres (...) Et c’est ce que doit être la critique : signaler le chemin...*)

Nathalie Sarraute y también Roland Barthes se indignarían al escuchar este llamado, no a la crítica literaria auténtica, sino a la censura mediática ejercida por los editores y la crítica comercial. La auténtica crítica literaria (un arte y una ciencia en sí dentro de la literatura), analiza un texto, pero sin encuadrarlo dentro de una moral farisaica. Un panfleto puede ser “moralista”, pues denuncia los desvaríos e injusticias de la sociedad, pero la crítica literaria nada tiene que ver con la moral. El

discurso de Vargas Llosa, “defensor de la libertad” según el cliché de la prensa burguesa, es penosamente contradictorio y peligrosísimo desde el punto de vista de la libertad de creación.

Y como broche de oro de su arenga novelesca bajo la Coupole, agrega una pizca de islamofobia y otra pizca de consideración por la mujer (que Varguitas, en cuanto “mucho macho”, despachurra escandalosamente en la realidad):

Inútil decir que no debemos ahorrar nuestros esfuerzos mientras existan dictaduras y tiranías, mientras sean cometidas, en nombre de una doctrina o fe religiosa, tantas maldades contra la mujer (...) *(Inutile de dire que nous ne devons pas ménager nos efforts tant qu’existent encore des dictatures ou des tyrannies, tant que sont commises, au nom*

d'une doctrine ou d'une foi religieuse, tant d'exactions contre la femme (...).

Su ex-esposa y sus ex-concubinas sabrán apreciar tanta amabilidad, requerida por las conveniencias académicas.



Varguitas y los efectos de su « pétarade » en la Académie Française

Antes de terminar esta perorata panfletaria (la perorata académica de Varguitas duró más de una hora entre los bostezos, miradas de aburrimiento y disgusto de los asistentes por los “vientos” incoercibles del nuevo Académicien, de pie entre los asientos abandonados por los Immortels para escapar de su “pétarade”), es imprescindible echar un vistazo a los parámetros históricos que sirven de base a la obra del novelista peruano.

Para Vargas Llosa la literatura francesa se detiene y se concentra en el siglo XIX : Victor Hugo, Balzac, Flaubert, Zola son sus referencias más frecuentes. *El siglo XX no existe*. Por supuesto, Proust y la *Recherche* tampoco : Varguitas se confiesa incapaz de leer la obra maestra no sólo de la literatura francesa contemporánea, sino una de las obras decisivas de la narrativa de todos los tiempos, pues anuncia formalmente el

término del género novela. Todos los grandes movimientos vanguardistas franceses del siglo XX, tampoco existen para él : ni los surrealistas de Breton, ni los novelistas del Nouveau Roman, ni los escritores de Tel Quel, ni siquiera los de Oulipo o los de la Nouvelle Fiction entran en su estrecho espectro literario. Vargas Llosa (*“escritor mediocre para lectores mediocres”*) sabe quizás de novelería, en especial de la novelería del pasado, pero poco o nada sabe ni entiende de la literatura contemporánea. Se las ingenia, acosado por el temor a la muerte, para imaginar un apogeo de la novela en el Más Allá, salvación de todos los mortales (con la excepción de los analfabetos, claro), pero es incapaz de vislumbrar la evolución estética de la narrativa en la era cibernética.

En su discurso, haciendo alarde de un modernismo muy trillado, intenta la comparación entre la literatura y el cine, entre la televisión como entretenimiento y la novela, en gran parte reducida hoy día a ser un simple reservorio de historias para la industria audiovisual. Pudo haberse alarmado por la superioridad invasora de la cinematografía, por ejemplo, la superioridad de la película de Roman Polansky -*The Ghost Writer*- sobre la novela de Robert Harris que la inspiró, superioridad reconocida ampliamente por el propio novelista inglés. Sin embargo aquello hubiera supuesto introducirse en las maniobras tentaculares de la CIA para fabricar en Londres un *Prime Minister* al servicio de Washington. *World Intelligence Agency* (llamémosla así) a la cual pertenece Vargas Llosa desde su juventud. ¿Quién puede hoy día seriamente negarlo? John Le Carré, al fin de cuentas mucho más

honesto (y mejor novelista) que su camarada peruano, reconoció valientemente su pertenencia al *Secret Intelligence Service*, el equivalente británico de la CIA, que terminó por criticar y abandonar. Sea entonces dicho de paso : si la CIA se las ingenió para construir e instalar en Inglaterra un *Prime Minister* a su conveniencia (Tony Blair, según Polansky y Robert Harris), fabricar un Premio Nobel de Literatura para manipular el mundo de la cultura fue mucho más fácil.

Si se interesa en la TV, Vargas Llosa no hace la más mínima alusión al fenómeno crucial del nuevo milenio : la invención de la escritura electrónica y la aparición de Internet, fenómeno tanto o más importante que la invención de la imprenta y que abre la puerta a una salida definitiva del género novela, decadente y

desvitalizado. ¿Cómo, entonces, tomar en serio su admisión en la Académie Française? ¿Cómo no ver un enorme fraude cultural en la atribución del Premio Nobel de literatura que le fue otorgado en 2010? Como decía Shakespeare, algo huele a podrido en el mundo de las letras. Aunque no sólo los “vientos” del laureado novelista, sino también todo el aparato del establishment édito-literario de nuestra sociedad.